

www.elboomeran.com

Bernard Maris

Houellebecq economista

Traducción de Antonio-Prometeo Moya



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Houellebecq économiste
© Flammarion
París, 2014

Ilustración: © Nicolas Wiel

Primera edición: septiembre 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2015
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6388-8
Depósito Legal: B. 16111-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Nosotros debemos luchar para que se ponga a la economía bajo tutela y para que ésta se someta a ciertos criterios que me atrevería a llamar éticos.

MICHEL HOUELLEBECQ, «Última muralla contra el liberalismo», en *El sentido de la lucha (Poesía)*

Así pues, el autor de estos ensayos sigue esperando y creyendo que no está lejano el día en que el Problema Económico será relegado al lugar que le corresponde: el segundo plano.

JOHN MAYNARD KEYNES, *Ensayos de persuasión*

I. El reinado absoluto de los individuos o Alfred Marshall

Nada es colectivo. Los individuos son átomos perpetuamente en conflicto o en transacción. No hay más que simios, vagamente superiores, sometidos a una especie de movimiento browniano y que sufren por ello. «El sufrimiento es la consecuencia necesaria del libre juego de las partes del sistema.»¹ Colectivo, comunidad, asociación, sociedad, altruismo, generosidad, bondad... son palabras que no existen para los economistas.

Por una curiosa treta de la razón, el antagonismo de los egoísmos crea lo que los economistas llaman un *equilibrio*: si obtengo un pedazo de pan o de carne no es por la benevolencia del panadero o del carnicero, sino por su egoísmo, por su fría razón.

Así hablaba Adam Smith. Así habla Michel Houellebecq: «Nos hemos vuelto fríos, racionales [...]; ante todo, queremos evitar la alienación y la dependencia.»²

1. *Sobrevivir*, en *Poesía*, *op. cit.*

2. *Plateforme*, Flammarion, 2001; J'ai Lu, 2002. [Trad.

Pero no siempre ha sido así. Para los grandes economistas clásicos (Smith, Ricardo, Malthus, y Marx después de ellos) existen las clases: rentistas, empresarios, asalariados. Pero según Marshall¹ no existen más que individuos utilitarios. En otras palabras, estos individuos son «racionales»: se comportan según la ley de la oferta y la demanda, ley fundamental de la economía, y según la cuantificación monetaria de los placeres y las penas.

Esto es falso, naturalmente. Los individuos, partículas elementales que se arriesgan, compuestas a su vez de partículas elementales que se arriesgan, aunque totalmente egoístas, son totalmente irracionales. Sí, «sólo existe el egoísmo. Nada permite transgredir las leyes universales del egoísmo y las malas intenciones».² Pero por ello mismo, los individuos, agregados transitorios de partículas elementales que chocan con otras partículas elementales, no son racionales.

Hélène, la esposa del investigador de *El mapa y el territorio*, es profesora de economía. Su perro bosteza o ladra según se evoque a Schumpeter o a Keynes. «La existencia de agentes económicos irracionales había

esp.: *Plataforma*, Anagrama, Barcelona, 2002, trad. de Encarna Castejón, p. 216.]

1. Alfred Marshall (1842-1924), profesor y amigo de Keynes, citado por Michel Houellebecq.

2. *H. P. Lovecraft: contre le monde, contre la vie*, Le Rochet, 1991; J'ai Lu, 1999. [Trad. esp.: *H. P. Lovecraft. Contra el mundo, contra la vida*, Siruela, Madrid, 2006, trad. de Encarna Castejón.]

sido desde siempre la parte de sombra, la falla secreta de toda teoría económica»,¹ dice ella. Su interés por la economía ha disminuido mucho con el paso de los años. Las teorías que trataban de explicar los fenómenos económicos le parecían cada vez más incoherentes, caprichosas, basadas en la charlatanería pura y simple...

¿Por qué una disciplina que ni siquiera consigue hacer pronósticos verificables podría considerarse una ciencia?

Hélène invoca a Popper,² con su concepto de *refutabilidad*, como criterio de demarcación para diferenciar la ciencia de las pseudociencias. «Era incluso sorprendente que concedieran un Premio Nobel de Economía, como si esta disciplina pudiese alegar la misma metodología sería, el mismo rigor intelectual que la química o la física.»³ La mujer sonríe cuando ve a un experto hablar de la crisis bursátil: en una semana quedó claro que todos sus pronósticos eran falsos. Lo cual no es grave, porque se llamará a otro experto (incluso al mismo) que hará más pronósticos con la misma seguridad. Está decepcionada. «Su vida profesional, en suma, podía reducirse al hecho de enseñar absurdidades contradictorias a cretinos arribistas.»

1. *La carte et le territoire*, Flammarion, 2010 (Premio Goncourt 2010); J'ai Lu, 2012. [Trad. esp.: *El mapa y el territorio*, Anagrama, Barcelona, 2011, trad. de Jaime Zulaika, p. 291.]

2. Karl Popper (1902-1994), filósofo y teórico de la ciencia austriaco. [En castellano, en vez de «refutabilidad», se suele hablar de «falsabilidad». (*N. del T.*)]

3. *El mapa y el territorio*, *op. cit.*, p. 287; pasajes siguientes, en pp. 288 y 290.

¿Entonces? ¿Por qué da clases de Económicas? Por cansancio, por cobardía, los defectos más comunes. Saca de la profesión algunos beneficios simbólicos, una categoría en la universidad; colabora en los gastos domésticos. Pero enseña una disciplina que desprecia. Y Houellebecq, que ve a veces «los tediosos debates económicos de la LCI», concluye: «La economía casi no estaba ligada con nada, sólo con lo más maquinal, previsible y mecánico que había en el ser humano. No sólo no era una ciencia, sino que tampoco era un arte, y en definitiva no era prácticamente nada en absoluto.»

«Mecánico y maquinal»: es un juicio temible que penetra en el corazón de la disciplina gris. *Rational fools*, decía el premio Nobel de Economía Amartya K. Sen,¹ «tontos racionales», totalmente capacitados para salivar un poco más si los precios bajan y un poco menos si los precios suben. Animales de reacciones tan simples como las del perro de Pávlov, simplemente aptos para responder a estímulos monetarios: un poco más de salario y trabajas más, un poco menos caro y compras más. Punto.

Ahora bien, el ser humano es un animal mucho más complejo e interesante. Nadie trabaja más que

1. Amartya K. Sen, «Rational Fools: A Critique of the Behavioural Foundations of Economic Theory», *Philosophy & Public Affairs*, vol. 6, n.º 4, 1977, pp. 317-344. [Trad. esp.: «Los tontos racionales: una crítica de los fundamentos conductistas de la teoría económica», en F. Hahn y M. Hallis, *Filosofía y teoría económica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, pp. 172-177.]

por dinero, nadie compra racionalmente al ciento por ciento. Es esta «indeterminación fundamental de las motivaciones, tanto de los productores como de los consumidores, lo que vuelve tan aventuradas y, a fin de cuentas, falsas las teorías económicas»,¹ dice Hélène. Es una frase demoledora. En ella vemos toda la crítica radical de Keynes contra la economía de Marshall. Todo está en el término «indeterminación». Por introducir la incertidumbre radical en economía, Hélène-Keynes destruye la disciplina y piensa en la realidad de la vida, en las pasiones, los entusiasmos, los mimetismos, los miedos, los movimientos de multitudes que encontramos, por ejemplo, en los fenómenos bursátiles. Y Houellebecq diserta sobre el crimen y sobre el arte. Aquí tenemos actos profundamente humanos. Como el trabajo.

Diréis: pero existe una *ley de la oferta y la demanda*... Sí. Detengámonos en ella.

Existe una ley de la oferta y la demanda de la sexualidad, dice Houellebecq, los países ricos compran la sexualidad de los pobres, o una ley de la oferta y la demanda del turismo, países como Francia venden su turismo a nuevos ricos como los chinos. La ley de la oferta y la demanda acaba a menudo sosteniendo los pensamientos de los personajes: así, «el valor comercial del sufrimiento y de la muerte había llegado a superar al del placer y el sexo», piensa Jed Martin en *El mapa y el territorio*. La ley de la oferta y

1. *El mapa y el territorio*, op. cit., p. 291.

la demanda se aplica a su propia producción artística: Jed conoce su *valor de mercado*. Pero desconoce lo que vale realmente.

El lugar epistemológico de la ley de la oferta y la demanda es cosa de las tertulias de los cafés. Es una perogrullada, una banalidad más o menos equivalente a «sólo se es joven una vez» o «mañana hará buen tiempo si no llueve». Evidentemente, se ha discutido mucho: no importa cuál sea el fenómeno, especulativo, borreguil o *de masas*, que hace aumentar la demanda cuando aumentan los precios, por ejemplo. La ley de la oferta y la demanda dice que «los precios suben después de haber bajado» o «bajan después de haber subido». Y Keynes señalaba con ironía: esto quiere decir que después de la tempestad viene la calma. Todo acaba por recuperar el equilibrio. Todo termina por arreglarse. Mal, pero termina por arreglarse.

Entonces, ¿cómo explicar la vida social?

La vida social se parece a una madeja enredada. Muchos son los que se consagran a deshacerla: sociólogos (Durkheim), antropólogos (Mauss), psicólogos (Le Bon) y, naturalmente, economistas. Pero los economistas tienen una inmensa ventaja sobre los otros: piensan que lo social no existe.

Es lo que decía Margaret Thatcher, cuyo pensamiento fue estrictamente *económico*: «La *sociedad* no existe.»¹ No hay sociedad, no hay colectividad; no

1. «La *sociedad* no existe, como ustedes saben. Hay individuos, hombres o mujeres, y hay familias. Y ningún gobierno

hay más que individuos que intercambian palabras, miradas, bienes, dinero, cualquier cosa; sólo que en el comienzo de todos estos actos está el individuo calculador y racional, que pesa los pros y los contras, las ventajas y los inconvenientes, hasta en el deseo de ir a ahorcarse cuando el coste de su vida es demasiado alto en relación con las escasas ventajas que proporciona.

En Francia, el decreto de Allarde y la ley Le Chapelier suprimieron los gremios y los organismos intermedios, de modo que, según el legislador, no le sea permitido a nadie separar a los ciudadanos de la cosa pública por un espíritu de cooperación. En lo alto el Estado, abajo una multitud de individuos. Entre los dos, la economía.

Los economistas han amontonado sus teoremas sobre esta hipótesis, sobre esta monadología inicial. Su idea de la vida social será pues un «universo de transacciones generalizadas» que conducirá a eso que detesta Houellebecq: la felicidad cuantificable.

Estamos sumergidos en eso que ellos llaman «individualismo metodológico». En otras palabras, nos percibimos, por obra y gracia de la economía, como

puede obrar si no es por medio de las personas, y las personas deben ante todo ocuparse de ellas mismas. Es deber nuestro ocuparnos de nosotros e, inmediatamente después, de nuestro prójimo. Las personas piensan demasiado en su provecho, sin las obligaciones correspondientes. No existen los beneficios sin haberse satisfecho antes las obligaciones» (Entrevista para la revista *Woman's Own*, septiembre de 1987).